

Ensayos

Octubre 1936



.Montevideo

EL CONCEPTO RELIGIOSO DE PUEBLO EX LA
OBRA DE MÁXIMO GORKI

Surge la figura de Máximo Gorki — el más gran amargo de su pueblo — de su obra copiosa y atormentada, con toda su genial intuición de niño que vislumbra, a través de los muros espesos de ignorancia, de crueldad, de miseria de la cárcel tenebrosa que es el ambiente de su infancia — otra vida distinta que la que él conoce: otra vida más pura, más alta, más justa..

La Vida, que se entretuvo en destrozar su alma de criatura excepcional entre sus garras implacables y de triturar luego entre sus fauces, su espíritu amargado y su cuerpo hambriento y castigado, es vencida a su vez por ese superior corazón humano, comprendida y amada a pesar de sus injustificadas crueldades.

Ese resplandor que ilumina con extraña claridad consoladora el friso dantesco de su infancia tétrica, la pintura desdada de la miseria y la humillación del pueblo ruso: esa luz que nos hace amar a pesar de todas sus lacras a los vagabundos, a las prostitutas, a los borrachos, a los míseros mujicks, a los ex-hombres 3' a los ladrones de sus novelas y sus cuentos, es la luz de su enorme corazón — el máximo corazón humano, como hubiera debido llamarse — de su piedad infinita, de su amor sin límites por el pueblo y por la Vida. Y al iluminar el infierno ruso anterior a la revolución, con un alba tan clara de comprensión y de esperanza, redime, antes que aquélla, con sus obras, la

condición miserable de sus compañero: de dolor y de amargura.

El niño que contempló estremecido de estupor, las escenas tremendas de los Kachirin, la lucha despiadada y sórdida entre el viejo y sus hijos Mijailo y Jacobo; que sufrió en sus carnechas asombradas los latigazos fríamente semanales que se administraban en aquella siniestra casa con la misma tradicional escrupulosidad que la oración, la borrachera y el alimento; que presencié, rudo de horror y de cruel impotencia el castigo brutal a la santa abuela y la ayudó, temblando de indignación a quitarse las horquillas salvajemente clavadas en el cuero cabelludo por la violencia de los golpes; que presencié atónito y rebelde, llena el alma de impotente piedad, la muerte de su primer amigo y protector, el Gitanillo, bajo el peso brutal de la cruz que la hipocresía de Jacobo había prometido llevar a cuestras hasta la tumba de su mujer en expiación de su crimen; que presenciaba, sin comprender, la inicua torpeza de las bromas crueles con que se atormentaba al viejo Gregorii; y más tarde, se escondía, presa de prematura y dolorosa responsabilidad al verlo pasar mendigando por las calles el sustento que le negara el viejo Kachirin — el niño que a la muerte de su madre, cuando aún no había cumplido los doce años, fué despedido de su casa por el abuelo con estas despiadadas palabras: "Ya no tengo sitio para ti. . . Sal al mundo". — ese niño sometido a tan trágica formación anímica, debía forzosamente, si había de salvarse del destino común de alcohol y brutalidad ambientes, pasar por el túnel sombrío del suicidio, antes de salir a la liberación definitiva por el amor y por la rebeldía.

A los golpes implacables del martillo sobre el yunque, el metal noble se temple y el misero se aplasta. Alejo Péschkov. por más grande, por más consciente y puro, tenía que pagar mayor tributo que sus semejantes al sufrimiento y a la amargura, para llegar también más alto. El alcohol y la brutalidad de los castigos sádicos a la mujer y

a las criaturas., no podían dar salida, como en los otros miserables, a la angustia tremenda de su alma.

Tampoco lo podía esa religión, mezcla de supersticioso temor y esperanza de vengativa revancha, que anestesiaba el diario tormento de esas existencias dantescas; ni el Dios que buscara afanosamente a través de Iglesias y Conventos, en el simbólico peregrinaje de *Mis confesiones*.

Había de creárselo él mismo, con sus tormentos, con sus angustias, con sus miserias y con su rebeldía.

Su vida de vagabundo arrojado de la casa familiar en busca de sustento, lo acerca a las fuentes mismas de la vida del pueblo. Y de su contacto con todos los que han roto los moldes deformadores y estrechos de la estructura social para encontrar en los campos abiertos, junto con la miseria, la hostilidad ambiente, la persecución y aun la muerte — el soplo vivificante y puro de la libertad, nació esa religión tan suya, que es la misma nueva religión que brota en estos tiempos, del sufrimiento, de la angustia, del dolor de todos, y que Romain Rolland acercara, en la exótica copa del neovedantismo, a los sedientos labios de Occidente.

Religión de amor a la Vida que destruye las fronteras impermeables del *yo*, para fundir en el crisol ardiente de la fraternidad verdadera, las individualidades egoístas y sufrientes de su propio aislamiento; que descubre la ilusión artificiosa de las conciencias personales y rompe los límites que encarcelan y ahogan la corriente sublime de la Vida.

Lo que hay de asiático, de oriental en el pueblo ruso, se manifiesta en esta extraña coincidencia del pensamiento religioso de Gorki con las nuevas corrientes de la filosofía hindú; y lo que hay en él de europeo, de occidental, transforma estas corrientes en un más concreto sentimiento de amor al pueblo.

En estos dos conceptos religiosos: el concepto de la Vida y del *yo*, y el concepto místico de *pueblo*, radica toda la estructura ideológica de Gorki y su traducción en la obra del revolucionario y del rebelde.

Si sus novelas autobiográficas ¡y sus cuentos, vivos porque vividos, se elevan considerablemente sobre el nivel estético y humano de sus demás novelas tendenciosas, aún mismo sobre *La Madre* y *Mis confesiones* son el proceso anímico que descubre la evolución de su pensamiento religioso y emparenta esta obra por esto mismo con las novelas de su vida.

Su religión no podía reducirse como la de sus compatriotas a esa noción individualista y antropomórfica de un Dios cruel y vengativo, imagen y trasunto del amo mismo que succionaba su savia y castigaba y humillaba sin piedad al siervo; el Dios del viejo Kachirin y de la hermana de su abuela en cuya casa conociera otra faz, menos sórdida materialmente pero más mediocre y más egoísta aún que la de su pueblo. Se acercaba más, naturalmente, al Dios amigo y compasivo de su abuela; pero su espíritu abierto y elevado, no podía conformarse con esa imagen pasiva de un Dios que contempla impasible los sufrimientos injustos y atroces de sus criaturas.

De estos conflictos ideológicos y místicos que constituyen la esencia misma de su pensamiento y la estructura filosófica de su obra, había de nacer, en intuición genial ya manifestada en su infancia, su religión de la Vida, cuyos maestros fueron el vagabundo Tegouldine y el maestro de escuela Mikahilo.

"Cada cual trata de apartarse de la Vida —• dice Mikahilo —. de construirse su refugio desde donde, en la soledad, pueda contemplar el mundo, ka Vida se nos antoja ruin y estéril cuando se la ve desde el fondo de una cueva: sólo los solitarios pueden tener interés en verla de este modo".

Esta Vida miserable, indigna del espíritu inicióse el día en que la primera individualidad humana se desprendió de la fuerza milagrosa del pueblo, de la masa, que era su madre; o que, asustada por su impotencia y su aislamiento, se redujo a un insignificante ovillo de deseos mezquinos? llamado el yo. Este yo es el peor enemigo del hom-

bre! Al querer defenderse y afianzarse en la tierra, el *yo* ha muerto inútilmente todas las energías intelectuales, toda la capacidad de crear bienes espirituales.

Espiritualmente pobre, el *yo* es incapaz de crear. Es ciego, sordo y mudo en presencia de la Vida; su objetivo estriba en defenderse, en gozar de reposo y de comodidades; y si crea cosas nuevas y verdaderamente humanas, es a costa de graves esfuerzos y porque se ve constreñido desde fuera.

En otra de sus obras había también afirmado que la Vida es informe, cruel y torpe, porque el hombre ha cegado todas las ventanas que a ella se abren; y oculto en la oscuridad de su cueva, niega la belleza del sol y de la Vida.

Este concepto de la Vida y del *yo*, causa única e ilusoria al mismo tiempo de todas las desventuras humanas, coincide extrañamente con el nuevo concepto vital que predica actualmente por el mundo el último representante de la mística hindú, que fuera nuestro huésped no hace mucho. Pero donde se separan fundamentalmente, es en la matriz misma de la Vida, que para Gorki reside esencialmente en el pueblo, al que da un significado místico y biológico completamente original. Para el escritor ruso, la idea de Dios va a fundirse, a mezclarse definitivamente con la de pueblo y con la de Vida, ya que para él, más limitado en esto que Krishnamurti, la Vida se reduce a los límites humanos, y tiene su fuente única en el pueblo, creador de Dioses y exclusivo realizador de milagros.

El concepto de *pueblo*, es en Gorki, distinto de la entidad sociológica de los pensadores de Occidente. No es la suma de individualidades regida acaso por leyes biológicas distintas a las que ordenan la existencia de cada uno de los individuos, como lo enseñara Le Bon a comienzos de este siglo; es un protoplasma vivo y en perpetuo devenir; masa palpitante e informe, cuya vitalidad propia tiene los caracteres y las fuerzas de la materia primordial evolutiva.

Surgen de él, de ese pueblo que tiene ahora, a través de Gorki, una existencia propia y contagiosa, las formas

superiores que el pueblo crea de su seno para que dirijan sus propios destinos, a la manera que la célula única del embrión, va diferenciándose en un proceso de complejo desenvolvimiento, hasta dar nacimiento a los órganos nerviosos superiores.

Gorki ama en el pueblo a cada uno de los individuos que lo forman; su concepto no es por lo tanto, una abstracción fría e intelectualista, alejada del calor y de la palpación humanas; al contrario, es una deificación del pueblo, que lo eleva a la categoría de fuente vital, matriz de Vida y manantial prodigioso de energías. Pero no concibe a esas individualidades sufrientes y mezquinas, alejadas de su raíz vivificante. Es de esta separación, de este corte con el humus fecundo de su existencia, que nacen todas sus amargas, sus miserias, sus sufrimientos, sus crueldades.

Claramente expresa Iegouldine estos conceptos: ". . . Sí. a todos los que en el mundo forman parte del pueblo; a esta fuerza que es fuente única y eternal de la deificación! La voluntad del pueblo resurge; este gran todo que fué desunido por la violencia, se unirá de nuevo. Ya son muchas las gentes que buscan el medio de fundir todas las energías terrestres en una sola, y eso es lo que constituirá el Dios de la tierra, luminoso y esplendente: el Dios universal que lo abarca y lo contiene todo!"

Evoqué — dice ahora Matvéi — la imagen de Dios; hice desfilar ante él, las foscas huestes de los seres tímidos y desorientados. ¿Y eran éstos los que creaba Dios? Acudieron en tropel a mi mente, los odios mezquinos, la concupiscencia, los cuerpos arqueados por la humillación y el trabajo, los ojos empañados por la pena, el balbuceo espiritual y el mutismo del pensamiento; todas las supersticiones de aquellos bichos; ¿y eran éstos los que podían crear un nuevo Dios?

—Mientes! — exclamé —. Nunca colocaré al hombre al lado de Dios!

—No hay que hacerlo tampoco. ¡Si colocas al hombre al lado de Dios, te eriges en amo! Yo no me he referido al hombre, sino al pueblo.

Y si no bastara la claridad de esta página para descubrir el pensamiento de Gorki, aún hace agregar luego Mikhailo, el maestro de escuela que, con Aquilina Ivanovna, la santa mujer que fuera al mismo tiempo abuela, madre y maestra: con Savelko, primera y grotesca encarnación de la justicia social primitiva; con Larión, el sacristán más amigo que de los hombres, de los pájaros que contestaban sus silbidos y conocían sus llamadas, y venían a posarse en sus hombros y a picotear en su barba enmarañada y roja; con legouldine, el vagabundo sabio que había encontrado la felicidad al encontrar que Dios y la Vida son una misma cosa y descubrió el sendero de su vocación a Matvéi — constituyen las figuras luminosas y puras que conducen el alma de Gorki, como miserables fragmentos vivientes de una Beatriz humana y verdadera, por los caminos de su liberación definitiva —; aún hace agregar a Mikhailo, el más grande y eficaz de sus maestros: "Los esclavos no tendrán nunca Dios, porque Dios no surge sino en el caso de que cada uno posea el sentimiento de su parentesco moral con el prójimo. Los templos no se edifican con cascotes y escombros, sino con piedras enteras y consistentes. El hombre se encuentra aislado, porque está desprendido del todo de que forma parte; el aislamiento es síntoma de la ceguera y la impotencia espiritual. En el todo se encuentra la inmortalidad; pero en el aislamiento no hay más que esclavitud, tinieblas, angustia y muerte!"

"El mayor crimen de los señores de la vida, está en haber anonadado la fuerza creadora del pueblo. Llegará un día en que toda la libertad del pueblo converja a un mismo punto!... De ahí surgirá una fuerza maravillosa e indestructible, y Dios resucitará. Y ese será el Dios que buscáis".

Este concepto religioso de *pueblo*, que no es ya solamente la tierra fecunda en que asientan, con raíces individuales, las personalidades aisladas: ni tampoco el pro-

toplasma indiferenciado de donde surgen luego las formas perfectas que constituyen sus organismos dirigentes, se eleva ahora hasta convertirse en objeto mismo de la religión. A la manera de ciertas interpretaciones cristianas, el pueblo, si no llega a ser en Gorki, el cuerpo eternamente crucificado de Jesús, es en cambio el único Dios viviente y doloroso a quien consagra un culto místico.

Este concepto verdaderamente religioso de *pueblo*, explica muchas características de la revolución rusa, su fuerza espiritual, el elemento superior que la dialéctica materialista de Marx omitió en su teoría genial, y que los neomarxistas de hoy, con De Man a la cabeza, han introducido en otra forma que Gorki.

Sin la fuerza mística que el concepto religioso de *pueblo* ha inyectado en las doctrinas marxistas, la revolución rusa no habría alcanzado sus relieves únicos en el mundo. Este concepto, íntimamente ligado a las peculiaridades de la raza eslava explican también cómo el fenómeno comunista, después del éxito ruso, no ha alcanzado en el mundo, después de IQ años de ensayo, la difusión que fuera de presumirse.

Sólo en estos últimos años en que una ola de misticismo viene a calmar el dolor de los pueblos, se ve propagarse con caracteres de una verdadera religión, la doctrina comunista asentada tanto sobre la base de la dialéctica materialista de Marx, como sobre el concepto místico y religioso de *pueblo*. Y en este sentido, acaso no se haya puesto suficientemente de manifiesto, la parte que en el triunfo de la revolución rusa corresponde a Gorki, en su doble papel de ceñido historiador de la tremenda realidad rusa, y en su papel de creador del concepto de *pueblo*.

Esta religiosidad difusa en toda la obra novelesca del escritor ruso, adquiere nítidos relieves en las últimas páginas de "Mis Confesiones". Vemos aquí al pueblo realizar concretamente, uno de sus milagros, 'acaso no tan grande ni tan trascendente como el que el mismo Gorki había de contemplar y no comprender en un principio, el año 1917.

Durante una procesión religiosa, el coche de una paralítica se dirige a implorar a una virgen milagrosa, la curación de la enferma. Veamos cómo describe Gorki, como lo hiciera Zola con otra finalidad tan diferente, el milagro que resucita a la tullida.

"Se pedía a voces y en murmullos: Un Te Deum! Un Te Deum! La exaltación frisaba en el paroxismo; empujaban el cochecito; y la cabeza de la enferma oscilaba de un modo lamentable; en sus grandes ojos se reflejaba el miedo. Innúmeras miradas lanzaban su fluido sobre la pobre muchacha; centenares de fuerzas diversas convergían a su cuerpo enclenque; emanaban de un deseo imperioso de ver a la enferma levantarse de su lecho de dolor. También yo la miré fijamente desde lo más profundo de mis pupilas y quise de un modo absoluto que se levantara; no para su propia satisfacción, ni la mía; sino por algo comparado con lo cual, no éramos uno y otra, más que plumas de pajarillo en medio de un incendio.

Como lluvia bienhechora sobre la tierra sedienta, el pueblo saturaba con su fuerza el cuerpo agotado de la muchacha; de todas partes salían los mismos gritos:

—Levántate! Levántate! No tengas miedo, niña! Levanta un brazo! Levántalo, no tengas miedo! Levántate, enferma! Levántate!

Centenares de estrellas brillaron en el alma de la doliente! Sobre su tez descolorida palpitaron unas sombras de color de rosa; sus ojos atónitos, se abrían más y más. Con un arduo movimiento de hombros, la muchacha fué levantando dócilmente sus manos temblorosas y las tendió hacia adelante. Con los labios entreabiertos parecía una avecilla que va a volar por primera vez desde su nido.

De pronto surgió de la masa y remontóse por el aire, una exclamación vibrante, unánime; creeríase que la tierra era a modo de campana de bronce, con que Swiatogor, el gigante legendario, hubiera golpeado con todo el poder de su fuerza. El pueblo estremeciése y prorrumpió en un clamoreo:

Ayudadla! De pie! Ponte de pie, niña! Sostenedla!...

Cogimos a la enferma y después de haberla incorporado, la colocamos de pie en el suelo, sosteniéndola ligeramente .

Su cuerpo se inclinaba como una espiga azotada por el viento, y una exclamación brotó de su pecho:

—Ah! Dios! Protegedme! Virgen Santa! Ah!..

—Anda! . . . aullaron miles de voces. Anda! . . .

La muchacha empezó a caminar con extremada lentitud entre nosotros; su cuerpo resurrecto se apoyaba confiadamente en el de la muchedumbre; blanca como una flor iba sonriéndones a todos.

—Dejadme! Quiero andar sola !

Detúvose un instante; vaciló y reanudó sus pasos. Andaba como sobre hojas cortantes; pero andaba. Y reía, algo encogida aún, como una nena; y la multitud que la rodeaba estaba tan radiante y cariñosa como un adolescente. La muchacha se estremecía y palpitaba; con las manos tendidas hacia adelante, parecía que se apoyaba en el aire, impregnada de la fuerza del pueblo, sostenida por infinidad de rayos luminosos. . ."

El milagro se había realizado. El pueblo, creador de Dioses, era también realizador de milagros. Como Jesús, había dicho a la paralítica: "*Camina*", y la enferma se había levantado de su lecho de dolor y había echado a caminar.

La ciencia explicará algún día, en términos técnicos, la posibilidad de este milagro: milagro, como tantos otros, que no lo es sino mientras los hombres no encuentren para él, una explicación satisfactoria: y lo dejen en el dominio de lo religioso para servir de instrumento más de explotación humana.

Contagio vital, autosugestión curativa, hipnotismo, todas las formas de la "*Curación por el Espíritu*", todas las explicaciones y pseudo explicaciones que se han encontrado para los fenómenos semejantes estudiados en Lourdes — 110 las supercherías, ni las simulaciones de que se vale la Iglesia para afianzar su dominio u organizar sus negó-

cios — el episodio relatado por Gorki no nos interesa sino en cuanto ilumina meridianamente el concepto religioso de *pueblo*, y nos aclara la fuerza maravillosa de la revolución rusa, el estoicismo de sus mártires, el contagio extraordinario de su fe.

Podrá no compartirse este concepto místico de *pueblo*; podrá permanecerse apegado al individualismo que se filtró en las venas del espíritu y constituye con el amplio amor a la libertad, los fundamentos mismos de la estructura espiritual que no es posible sustituir sino por una fundamental revolución anímica, difícil de consumarse por completo; pero no es posible dejar de reconocer la fuerza extraordinaria de una doctrina semejante, y de admirar profundamente a quienes, en sus aras, entregan, jubilosos y llenos de fe, su existencia entera a una causa de amor tan absoluto.

Luisa Luisi